

# UNA GRAVE RESPONSABILIDAD

los padres e inoportunamente entreabre la puerta. Este entreabrir lleva ya la emoción del descubrimiento primero y de la sorpresa después. En las culturas primitivas y en las formas de vida del chabolismo, el niño no parece ser muy sensible al trauma. Además, en estos dos tipos de cultura, la situación edípica es menos triangular, menos densa, y la vida más comunitaria favorezca, quizá, la atenuación del conflicto. No en balde se ha dicho que muchas premisas psicoanalíticas se cumplan más perfecta y recortadamente dentro de un ambiente burgués.

Con esto no quiero decir que sea deseable ver con frecuencia las relaciones sexuales para preservar al niño del trauma. Las consecuencias lamentables del chabolismo o de la habitación única, sin embargo, son bien distintas de las que puedan producirse en culturas primitivas. Aquí la permisividad sexual es la de toda la sociedad creada en esa cultura. En el chabolismo, el efecto disolvente a que puede dar lugar el comportamiento de los padres se ve frenado por la represión de la sociedad, que controla esa célula familiar.

Pero igualmente tiene importancia la manera falseada de cómo se conduce la pareja ante los hijos; su tendencia a la idealización propia, su envaramiento rodeado de convencionalismos, el misterio y esa forma de desaparecer en el dormitorio cada noche, frente al desconocimiento de los hijos y la ignorancia de éstos en qué pueda consistir esa extraña relación.

## «Un hombre mata a una mujer...»

Mas el impacto de la escena primaria, ¿está sólo en ese condicionamiento social, represión previa, falseamiento de la pareja humana? ¿No lo estará también la forma de interpretar el niño una escena que en su exteriorización es bien diferente de la sexualidad que evolutivamente va impregnando la psique infantil? Tratando a una niña de tres años por bronquitis asmática con psicoterapia, a través del juego escenificándolo, ésta decía: «Un hombre mata a una mujer». La escena se había convertido en una alcoba. Puede comprenderse la alusión a las relaciones sexuales. Estas, con harta frecuencia, están vividas por los niños como violencia y peligro, creándose una enorme angustia; pero también su afán de comprender les lleva a espiar renovadamente, a escuchar o sorprender.

Esta tendencia a mirar (lo que en términos psicoanalíticos se llama escopofilia) puede apreciarse en el sueño que tuvo una niña, a la cual trataba por su implacable negativa a cooperar en la corrección de su estrabismo, uno de cuyos ejercicios consistía en mirar por un tubo óptico. Durante el tratamiento pude establecer la relación existente entre su negativa a mirar mientras sus padres mantenían relaciones sexuales y ella se hacía la dormida. El dormitorio consistía en dos huecos incompletamente separados —en la antigua construc-

ción llamada «a la italiana»—, ocupando la niña el hueco que daba al fondo. Cuando la excitación de la niña crecía, terminaba gritando: «Papá, ¿quieres dejar de pegar a mamá?». La lucha conflictiva entre el deseo y lo que sentía como prohibición había ocasionado un insomnio. Sugerí la conveniencia de dividir el espacio por un tabique de una altura suficiente. El sueño que tuvo la niña, una vez establecida la separación, fue en esencia el siguiente: Estaba sentada en una gran mecedora y miraba a través del alto respaldo agujereado, como lo tienen las antiguas mecedoras de rejilla. El sueño, pues, evidenciaba su deseo de seguir mirando, así como la dificultad para fijar la mirada a través del instrumento, por la prohibición a mirar.

Lo que se desprende de todo esto es que la fase edípica no aparece tan tardíamente como quieren algunos, y esto se confirma por la observación de otros autores y por los adultos que expresan su rencor en la primera sesión psicoterápica así: «Desde la edad de los dos años he estado oyendo las relaciones sexuales de mis padres».

El final de todas estas fases pregenitales, incluida la edípica, marca como un estado de tranquilidad, como si quedaran resueltos todos los conflictos que fueron surgiendo, y ni tensiones instintivas ni impulsos sexuales inquietarán por más tiempo al niño. Tal liberación le permitiría ocuparse de otras cosas, aplicar su inteligencia al aprendizaje escolar, al descubrimiento de

otros mundos más sosegados. A este período se le llama período de latencia, al que seguirá, inevitablemente, la tormentosa edad de la pubertad y adolescencia.

El período de latencia, según mis observaciones, no existe. En él siguen teniendo vigencia todas las fases pregenitales confundidas, imbricadas. La masturbación, como antes, sigue manteniéndose, y las fantasías que la acompañan evidencian que las tendencias sexuales y agresivas que presidieron el desarrollo continúan bajo una mayor complejidad. Mas la actividad no se limita al autoerotismo y a la fantasía, sino ésta puede traspasar la barrera de lo individual y descargarse en el exterior.

¿Cómo soporta la sociedad la sexualidad infantil?

La sociedad represiva es universal. Aun en muchos medios, hablar de sexualidad infantil en toda su envergadura puede ser inconveniente, inoportuno o de mal gusto. En nuestro país, el hecho de la tenaz prohibición a la coeducación indica que la resistencia y la represión llegaron hasta la deformación caricaturesca. Sé que algunos desean una mayor claridad y la apertura parece iniciarse. Las familias timoratas fingen asustarse menos. Lo que hoy puede expresarse en público y lo que este público osa preguntar era inimaginable hace seis años. Sin embargo, la sociedad mira con miedo el aflojamiento de la represión sexual, quizá porque teme que su liberación permita también la liberación de la agresividad. ■ F. P. H.

